

Como plata Refinada



OSVALDO REBOLLEDA

Como Plata Refinada



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción.....	5
Capítulo uno	
La importancia de las palabras.....	11
Capítulo dos	
Lengua corrompida.....	18
Capítulo tres	
Lengua de maldición.....	27
Capítulo cuatro	
Lengua mentirosa.....	34
Capítulo cinco	
Lengua de muerte.....	41
Capítulo seis	
Lengua de bendición.....	50

Capítulo siete	
Lenguas espirituales	58
Capítulo ocho	
La lengua y las palabras de vida	72
Epílogo	79
Reconocimientos	84
Sobre el autor	86



Introducción

“Plata refinada es la lengua del justo; más el corazón de los impíos es como nada.”

Proverbios 10:20

Estimado lector, es con profundo gozo y reverencia que le doy la bienvenida a estas páginas. No considero un hecho menor ni casual que este libro haya llegado a sus manos. Estoy convencido de que, en el obrar soberano de Dios, cada lectura responde a un tiempo, y cada tiempo a una intención divina. Nada en la vida del creyente es verdaderamente accidental cuando el Espíritu Santo gobierna los procesos. Si hoy usted tiene este libro delante de sus ojos, es porque el Señor desea hablarle... y, más aún, desea enseñarle a hablar.

Vivimos días en los que la palabra se ha vuelto liviana, superficial y, en muchos casos, peligrosa. Se habla mucho, pero se discierne poco. Se opina sin temor, se declara sin conciencia, se expresa sin medir consecuencias. La lengua se ha convertido en un instrumento descontrolado, aun dentro del pueblo de Dios. Sin embargo, la Escritura nos recuerda con firmeza que la lengua del justo no es común, no es vulgar, no es descuidada: es plata refinada. Es decir, una palabra que ha pasado por fuego, por proceso, por purificación.

Este libro nace de una convicción ineludible: el hablar no es inocente. Las palabras no son neutras, no son meros sonidos que se desvanecen en el aire. Cada palabra pronunciada porta una carga espiritual, una intención, una dirección y una consecuencia. Hablar es ejercer una forma de gobierno. Hablar es liberar vida o activar muerte. Hablar es sembrar, y toda siembra, tarde o temprano, produce una cosecha.

Hoy más que nunca, los hijos de Dios estamos siendo llamados a vivir bajo un principio ineludible: responsabilidad espiritual. Somos responsables de lo que hacemos, de lo que pensamos, de lo que creemos... y también de lo que decimos. Somos responsables del conocimiento que hemos recibido, de las revelaciones que Dios nos ha confiado, de los dones, los talentos, el tiempo, los recursos, el dinero y cada oportunidad que el Señor pone delante de nosotros. Nada nos pertenece realmente; todo nos ha sido confiado.

La Escritura declara con claridad que **“cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Romanos 14:12)**. Esta rendición de cuentas no es solo una realidad futura asociada al día del juicio; es una experiencia presente a la que Dios está conduciendo a Su Iglesia. El Señor está sacudiendo a Su pueblo, despertándolo de la liviandad espiritual, y llevándolo a una madurez que comprende que cada área de la vida debe ser sometida al gobierno del Reino.

En este proceso de rendición, hay un área que suele ser ignorada, minimizada o justificada con ligereza: “la lengua”. Muchos creyentes han aprendido a consagrar su conducta externa, su asistencia congregacional, su servicio, incluso su moral visible, pero han dejado sin examinar su manera de hablar. Se ora, se canta, se predica... pero se murmura. Se adora, pero se critica. Se proclama fe, pero se declara derrota. Se bendice con una mano, y con la otra se hiere.

La comunicación es uno de los espacios donde más claramente se manifiesta el verdadero estado del corazón. No solo en nuestra relación con Dios, sino también en nuestros vínculos familiares, ministeriales, laborales y sociales. Jesús fue enfático al declarar que **“de la abundancia del corazón habla la boca”**. La lengua no es un órgano aislado; es un revelador. Ella expone lo que gobierna el interior del hombre.

Por esta razón, si hay un área de nuestra vida que necesita ser constantemente examinada, confrontada y transformada, es el área de nuestras palabras. No se trata simplemente de “hablar bien” desde un punto de vista moral o social, sino de alinear nuestra lengua al gobierno del Espíritu. La boca del creyente no puede ser un instrumento independiente; debe estar sometida a la autoridad de Cristo.

La Escritura nos enseña que, aunque nuestra carne esté condenada y destinada a volver al polvo, nuestros cuerpos pueden y deben ser presentados como instrumentos de justicia. Cada miembro, cada sentido, cada facultad debe ser

colocado al servicio del Reino de los cielos. La lengua no es la excepción; por el contrario, es uno de los instrumentos más poderosos y más peligrosos que poseemos.

Lamentablemente, muchos cristianos justifican su manera de hablar con expresiones que revelan ignorancia espiritual: “Dios me entiende”, “yo soy así”, “es solo una forma de decir”, “no lo dije con mala intención”. Pero Dios no evalúa las palabras como lo hace el hombre. Él no escucha solo el sonido; Él discierne la intención, el espíritu y el fruto que esas palabras liberan. No en vano la Escritura nos recuerda que Dios es el Dios de la Palabra, y que todo fue creado, ordenado y sostenido por medio de ella.

Jesús mismo advirtió con solemnidad: **“De toda palabra vana que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio”** (Mateo 12:36). Esta declaración debería producir en nosotros temor reverente. No se trata de vivir bajo condenación, sino bajo conciencia. No se trata de callar por miedo, sino de hablar con sabiduría.

El apóstol Santiago dedica todo un capítulo a la lengua, describiéndola como un miembro pequeño, pero capaz de incendiar grandes cosas, incluso inflamado por el infierno. Es una imagen fuerte, confrontativa, imposible de suavizar. La lengua puede ser un canal del Espíritu Santo, o un instrumento de destrucción espiritual. No hay terreno neutral.

Este libro no busca simplemente señalar errores, sino conducir al lector a una transformación profunda. El conocimiento acerca del poder de la lengua, de sus beneficios y de sus perjuicios, no es un fin en sí mismo, sino un camino hacia los tesoros espirituales que Dios ha preparado para aquellos que deciden vivir con sabiduría. La revelación no es solo información; es una invitación al cambio.

Por ello, el estudio de estos temas debe ir acompañado de una actitud humilde, orante y dependiente del Espíritu Santo. Ninguna verdad revelada puede ser comprendida plenamente sin Su guía. Ninguna transformación genuina puede producirse solo por fuerza humana, disciplina intelectual o voluntad natural. El Espíritu Santo es el Maestro, el Intérprete y el Agente del cambio.

Le invito, entonces, a recorrer estas páginas con un corazón abierto, dispuesto a ser examinado, confrontado y edificado. Que cada capítulo no sea solo leído, sino orado. Que cada verdad no solo sea entendida, sino aplicada. Que este libro no sea una lectura más, sino un instrumento en las manos de Dios para refinar su hablar, purificar su lengua y alinear sus palabras con el cielo.

Nada de lo que aquí se expone puede producir fruto eterno si no nace del obrar del Espíritu. Nada de lo que provenga meramente de la capacidad humana puede darle gloria a Dios. Por eso, antes de avanzar, lo invito a detenerse, a inclinar su corazón y a orar. Pídale al Señor que se revele

como Maestro, que ilumine su entendimiento y que haga de su lengua... plata refinada.

“Señor, nuestra fe descansa en tu Palabra y en la obra redentora de Tu Hijo amado Jesucristo...

Deseamos que estas enseñanzas, surgidas de la revelación de Tu Palabra a través de la inspiración de tu Santo Espíritu, nos edifique y nos instruya afirmando nuestros pies sobre las huellas de Cristo, ya que todas las demás, son huellas perdidas y sin rumbo...

Señor, abrimos nuestro corazón y te pedimos sabiduría para comprender, cuán grande es tu amor...

Enseñanos a hablar con prudencia y a poner nuestro ser, incluyendo nuestra lengua, bajo el gobierno de Tu Espíritu Santo...

Te damos gracias, porque creemos que Tu lo harás, en el nombre de Tu Hijo amado Jesús... ¡Amén!



Capítulo uno

La importancia de Las Palabras

“No salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino sólo la que sea buena para edificación, según la necesidad del momento, para que imparta gracia a los que escuchan.”

Efesios 4.29 BLA

Las palabras no son un recurso menor de la vida humana; son uno de los instrumentos más poderosos que Dios ha puesto en nuestras manos. Cada palabra pronunciada libera algo, activa algo, construye o destruye algo. Nada verdaderamente humano sucede al margen del lenguaje, y nada verdaderamente espiritual ocurre sin palabras. La comunicación no es un accesorio de la vida: es un eje central de la existencia.

Las palabras envían mensajes que impactan directamente nuestra alma y nuestro espíritu. Pueden edificar, fortalecer, consolar, orientar y estimular; pero también pueden herir profundamente, desalentar, humillar,

quebrar identidades y, en los casos más graves, producir destrucción y muerte interior. No exageramos cuando afirmamos que una vida puede ser levantada o arruinada por palabras.

Por esta razón, el creyente no puede hablar de manera ligera. No puede expresarse como si sus palabras fueran inocentes o irrelevantes. La Escritura nos confronta con una responsabilidad clara y directa cuando el apóstol Pablo escribió que no debe salir de nuestra boca, ninguna palabra mala, corrompida, grosera, sucia, obscena o torpe, según las diferentes versiones bíblicas que revisé. Sino que hablemos aquellas palabras capaces de edificar y de impartir gracia a los oyentes.

Aquí no se nos pide simplemente evitar palabras groseras o insultantes, sino aprender a discernir qué decir, cuándo decirlo y con qué espíritu hacerlo. La meta no es el silencio, sino la edificación; no es la corrección fría, sino la impartición de gracia.

Vivimos en un mundo saturado de enojo, dolor, frustración, impaciencia y crueldad. Las personas cargan heridas visibles e invisibles, historias de rechazo, abandono y fracaso. En ese contexto, los hijos de Dios hemos sido enviados como embajadores de Cristo. Un embajador no habla en nombre propio: habla en representación del reino que lo envía. Por lo tanto, nuestras palabras deberían reflejar el carácter, el corazón y la intención del Rey al que servimos.

Dios nos creó con necesidades básicas para la vida: aire para respirar, alimento para sostener el cuerpo y agua para vivir. Sin estas cosas, el cuerpo muere. Sin embargo, hay otra necesidad profundamente humana que no puede ser ignorada: la necesidad de comunicación. El ser humano fue diseñado para relacionarse, para expresarse y para ser escuchado. El aislamiento prolongado destruye tanto como el hambre o la sed.

En este sentido, es interesante observar cómo aún desde ámbitos seculares se ha reconocido el peso vital de la comunicación. El filósofo Claude Steiner desarrolló lo que llamó “la teoría de las caricias”, entendiendo la caricia no solo como contacto físico, sino como toda forma de reconocimiento: una mirada, un gesto, una palabra. Según esta visión, la necesidad de no ser ignorado es tan profunda que puede generar comportamientos extremos. Las personas pueden hacer o decir cosas agradables con tal de recibir atención y afecto, pero también pueden adoptar conductas rebeldes, conflictivas o destructivas con el mismo fin: ser vistos, ser escuchados, existir para alguien.

Esto nos conduce a una verdad inquietante: para muchos seres humanos, cualquier tipo de comunicación es preferible a la indiferencia. De allí la famosa frase atribuida a William Faulkner: “Entre el dolor y la nada, prefiero el dolor”. Esta afirmación, aunque temeraria, revela una realidad dolorosa: hay quienes prefieren ser heridos antes que

ser ignorados, sufrir antes que desaparecer, ser reprendidos antes que ser invisibles.

Las palabras, entonces, funcionan como canales de transmisión. Son como cables que conducen energía: sin el cable, aunque haya electricidad, ninguna luz se enciende. Las palabras transportan amor, ternura, esperanza, fe y ánimo, pero también pueden conducir angustia, temor, orgullo, ira, desprecio, maldad y muerte. Por eso no podemos tratarlas como algo trivial. Las palabras son claves para la vida... o para la destrucción.

Todos hemos sido testigos del poder de una palabra. Hemos visto personas quebrarse en llanto por lo que alguien les dijo; hemos visto a otros enfurecer hasta la violencia por una frase mal pronunciada; hemos visto rostros iluminarse con una palabra de ánimo; hemos visto corazones revivir con una declaración oportuna. Las palabras portan contenido espiritual, emocional y relacional. Son pequeñas, pero cargadas de peso eterno.

Nuestra propia historia de fe comenzó, en la mayoría de los casos, por una palabra que alguien nos habló. Alguien nos anunció el evangelio, alguien nos explicó el amor de Dios, alguien nos habló de Cristo. Esas palabras portaron vida, portaron verdad, portaron salvación. Jesús mismo lo enseñó en la parábola del sembrador: la palabra es una semilla. Y toda semilla porta una genética que determina lo que producirá.

Aquí se establece una ley espiritual incuestionable: toda semilla produce según su especie. Si las palabras son semillas, entonces debemos hacernos una pregunta inevitable: ¿qué estamos sembrando cada vez que hablamos? ¿Vida o muerte? ¿Fe o temor? ¿Esperanza o desánimo? ¿Verdad o mentira?

Resulta revelador observar el relato del Edén. Satanás no obligó a Eva con violencia a comer del fruto. No la forzó, no la golpeó, no la amenazó. Simplemente habló. Y esas palabras distorsionadas, cargadas de mentira, sembraron muerte. Una conversación alteró el curso de la humanidad. Las palabras de la serpiente mataron un propósito, corrompieron una relación y afectaron generaciones enteras.

Por eso damos gracias a Jesucristo, el Verbo encarnado, que vino a traer vida donde había muerte, verdad donde había mentira, bendición donde había maldición. Él no solo habló palabras de vida: Él es la Palabra viva. En Él, Dios se comunicó plenamente con la humanidad.

Dios nos creó también con necesidades emocionales profundas: autoestima, pertenencia y competencia. Todos los seres humanos buscan sentirse valiosos, aceptados y capaces. Muchos intentan satisfacer estas necesidades a través de logros, relaciones, poder o reconocimiento, pero solo Dios puede llenarlas de manera plena y sana. Esa es la historia que estamos llamados a comunicar, no solo con nuestras acciones, sino también con nuestras palabras.

Nuestra tarea como representantes de Cristo es dirigir a las personas heridas hacia el Señor, y hacerlo con palabras que transmitan gracia, aceptación y seguridad. Jesús se presentó a sí mismo como el principio y el fin, como el Alfa y la Omega, como Aquel que contiene todo el abecedario de la vida. En otras palabras, Él es la fuente de todo lenguaje verdadero, de toda palabra que sana y da sentido.

Si Dios es Palabra, y nosotros somos portadores de Su Espíritu, entonces el hablar correctamente no es un detalle secundario, sino una expresión central de nuestra identidad espiritual. Dios nos dio Su Palabra no solo para leerla, sino para hablarla, declararla y vivirla. Al hacerlo, liberamos vida.

La predicación, descrita como “locura” para el mundo, es en realidad uno de los instrumentos más poderosos del Reino. Y esa predicación no se limita al púlpito. Cada conversación, cada consejo, cada corrección, cada palabra cotidiana puede convertirse en un acto de predicación viva.

Jesús afirmó que lo que una persona dice brota de lo que hay en su corazón. La lengua no miente: revela. Por eso este libro no busca simplemente modificar el vocabulario, sino confrontar el corazón. Una lengua transformada es el fruto de un corazón rendido.

Aprender a valorar las palabras es aprender a vivir con responsabilidad espiritual. Es entender que hablar es sembrar, que comunicar es ministrar y que cada palabra

puede acercar a alguien a Dios... o alejarlo. Que este primer capítulo nos despierte a una verdad fundamental: las palabras importan, porque en ellas se juega la vida.

“Una persona buena produce cosas buenas del tesoro de su buen corazón, y una persona mala produce cosas malas del tesoro de su mal corazón. Lo que uno dice brota de lo que hay en el corazón”.

Lucas 6:45 y 46 NTV



Capítulo dos

Lengua Corrompida

“Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas estas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro.”

Marcos 7:21 al 23

Uno de los grandes errores del ser humano es creer que las palabras nacen en la boca. La Escritura, sin embargo, nos enseña con claridad que el verdadero origen del hablar no está en la lengua, sino en el corazón. La boca no crea el contenido: lo revela. La lengua no inventa la corrupción: la expone. Por eso, cuando el hablar se vuelve perverso, hiriente o destructivo, el problema no es meramente verbal, sino profundamente espiritual.

Jesús fue contundente al respecto. En los evangelios encontramos declaraciones que no dejan lugar a interpretaciones livianas. Él fue claro al denunciar el corazón como la fuente de lo bueno y de lo malo. Tal vez por eso, la

recomendación de Salomón de cuidar nuestro corazón por sobre todas las cosas (**Proverbios 4:23**).

Aquí el Señor nos muestra que el corazón es la fuente de la vida moral. Es el centro dinámico desde donde fluyen tanto el bien como el mal. El corazón no es neutral: es un territorio en permanente tensión espiritual. Puede ser el trono de Dios o el campo de acción del pecado. Por eso Jesús afirmó también:

“De lo que rebosa el corazón habla la boca. El hombre bueno saca del caudal bueno cosas buenas, pero el hombre malo saca del caudal malo cosas malas” (Mateo 12:34 y 35). Y añadió una promesa solemne que define el verdadero anhelo espiritual: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”* (Mateo 5:8).

Estas palabras revelan una verdad profunda: la pureza del hablar está directamente ligada a la pureza del corazón. No existe una lengua sana con un corazón enfermo, ni un hablar santo con un interior corrompido. Por esta razón, la vigilancia espiritual del creyente no puede limitarse a las acciones externas; debe incluir una continua conversión del corazón.

Es comprensible que quienes no conocen a Dios, que no han sido regenerados por el Espíritu, manifiesten un corazón corrompido y, como consecuencia, un hablar contaminado. El mundo habla como vive, y vive como

piensa. Pero los cristianos no tenemos esa excusa. El nuevo pacto nos ha provisto de algo radicalmente distinto: un corazón nuevo. Y de una fuente nueva deben brotar palabras nuevas.

El profeta Ezequiel anunció esta obra transformadora de Dios: *“Y pondré en vosotros un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Quitaré de vosotros ese corazón duro como la piedra y os pondré un corazón dócil. Pondré en vosotros mi Espíritu y haré que cumpláis mis leyes y decretos; viviréis en el país que di a vuestros padres, y seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”* (Ezequiel 36:26 al 28).

Esta promesa no es solo poética; es profundamente práctica. Un corazón nuevo implica un hablar renovado. Si hemos recibido al Espíritu Santo, entonces nuestra lengua debe ser sometida a Su gobierno. Pero esta sujeción no ocurre de manera automática. No basta con nacer de nuevo; es necesario aprender a hablar de nuevo.

La Escritura nos advierte que el exceso de palabras es terreno fértil para el pecado: *“En las muchas palabras no falta pecado; más el que refrena sus labios es prudente”* (Proverbios 10:19). Refrenar los labios no significa reprimir la vida, sino someterla a sabiduría. El creyente maduro no es el que más habla, sino el que mejor discierne cuándo y cómo hacerlo. Este proceso requiere arrepentimiento sincero y un deseo genuino de cambio. No se trata solo de pedir perdón

por lo dicho, sino de entregar el control de la lengua al Espíritu de Dios de manera permanente.

Las palabras no son espiritualmente neutras. Ellas operan como llaves: abren o cierran puertas, activan bendición o liberan maldición, producen vida o desatan muerte. Jesús lo expresó con una claridad estremecedora: ***“Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”*** (Mateo 12:37).

Podemos escuchar cosas injustas o perversas, incluso contra nuestra voluntad, pero tenemos la capacidad de rechazarlas. Podemos ver lo que no quisiéramos ver, y eso afectará principalmente nuestro interior. Pero cada palabra que pronunciamos afecta no solo nuestra vida, sino también la vida de los demás. La lengua es pequeña, pero su impacto es inmenso.

La Escritura compara la lengua con un timón que dirige un barco, o con un pequeño fuego capaz de incender un bosque entero. Las palabras pueden unir personas con propósitos eternos o separarlas irremediablemente. Pueden sellar pactos de amor o desatar guerras. Pueden sanar cuerpos o quebrar espíritus. Pueden construir una vida... o destruirla.

“Del fruto de la boca del hombre se llenará su vientre; se saciará del producto de sus labios. La muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos” (Proverbios 18:20 y 21). Este pasaje nos

obliga a asumir una responsabilidad ineludible: cada palabra que pronunciamos es una siembra, y toda siembra trae cosecha. Incluso las palabras ociosas, aquellas que consideramos inofensivas o sin importancia, son tomadas en serio por Dios.

“Más yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ellas darán cuenta en el día del juicio”

Mateo 12:36

Una de las razones por las cuales muchos hijos de Dios viven en debilidad espiritual, sin autoridad ni poder, es el descuido en su manera de hablar. No siempre se trata de palabras abiertamente malas. Muchas veces son expresiones aparentemente inocentes, comentarios livianos, bromas mal ubicadas, críticas disfrazadas de humor, conversaciones vacías que no edifican a nadie.

El apóstol Pablo fue claro y contundente: ***“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios”*** (Efesios 4:29 y 30). Aquí se nos revela algo alarmante: las palabras corrompidas contristan al Espíritu Santo. No se trata solo de dañar a otros; se trata de ofender a Aquel que habita en nosotros. Palabras descuidadas anulan el potencial espiritual, debilitan la autoridad del creyente y apagan la sensibilidad espiritual.

A lo largo del ministerio pastoral, y al recorrer distintas congregaciones, resulta doloroso observar cuánta liviandad hay en el hablar. Chistes ingeniosos pero ofensivos, burlas encubiertas, críticas disfrazadas de gracia, uso liviano del nombre del Señor, diálogos intrascendentes que terminan produciendo chisme y división.

“Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí cuán grande bosque enciende un pequeño fuego”

Santiago 3:5

La Escritura distingue con claridad entre el hablar del justo y el hablar del perverso: ***“La boca del justo producirá sabiduría; más la lengua perversa será cortada. Los labios del justo saben hablar lo que agrada; más la boca de los impíos habla perversidades”*** (Proverbios 10:31 y 32).

Uno de los aspectos más graves de la lengua corrompida es su uso para manipular, intimidar o dominar a otros. Cuando las palabras son utilizadas para controlar voluntades, imponer decisiones o sacar provecho personal, entramos en el terreno de la hechicería. Dios nunca manipula, nunca intimida y nunca domina. Donde hay control, no hay Espíritu Santo.

Lamentablemente, estas prácticas no siempre provienen del mundo. A veces nacen dentro de la misma Iglesia, incluso desde personas que se presentan como

espirituales. Pero el uso perverso de la palabra revela una fuente equivocada.

“Saeta afilada es la lengua de ellos; engaño habla; con su boca dice paz a su amigo, y dentro de sí pone sus asechanzas.”

Jeremías 9:8

“Jehová destruirá todos los labios lisonjeros, y la lengua que habla jactanciosamente.”

Salmo 12:3

Cuando alguien ejerce una autoridad que Dios no le ha delegado, eso es rebelión. Y la rebelión, nos dice la Escritura, es como pecado de hechicería. Estas actitudes se manifiestan principalmente por palabras: en la iglesia, en el matrimonio, en el liderazgo, en los negocios.

Si pudiéramos percibir el entorno espiritual que se activa con cada palabra, cuidaríamos temerosamente nuestra lengua. Cada expresión indebida abre brechas, desgasta la armadura espiritual y permite que el enemigo lance sus dardos.

“La boca del necio es su perdición; sus labios son para él una trampa mortal. Los chismes son deliciosos manjares; penetran hasta lo más íntimo del ser.”

Proverbios 18:7 y 8

Concluimos, entonces, que la lengua corrompida no es un problema menor, sino una amenaza seria para la vida espiritual. Por eso Pablo insiste: **“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca”**. Si el pueblo de Dios tomara en serio esta exhortación, se evitarían innumerables conflictos familiares, matrimoniales, congregacionales y espirituales.

El fuego se apaga cuando falta leña, y el pleito termina cuando cesa el chisme. Hay palabras que hieren como espada, pero también hay palabras que sanan y dan alivio. La diferencia no está en la lengua, sino en el corazón que la gobierna.

Este capítulo nos confronta con una verdad ineludible: no podemos aspirar a una vida espiritual sana con una lengua corrompida. La transformación comienza en el corazón, pero se evidencia en las palabras. Allí se revela quién gobierna realmente nuestra vida.

Por supuesto que los cuidados evitarían también los continuos conflictos que muchas veces atraviesan las congregaciones. Pablo le dijo a los Corintios:

“Porque temo que a mi llegada no os encontraré como quisiera, y tampoco vosotros me encontraréis como quisierais. Temo que haya discordias, envidias, enojos, egoísmos, chismes, críticas, orgullos y desórdenes”.

2 Corintios 12:20 D.H.H.

Esto deja bien en claro, que todos los conflictos que se producen dentro de las congregaciones, son el resultado de alguna palabra que surgió de un hijo de Dios. Los pensamientos o los sentimientos deben ser santificados, pero en el proceso, no generan pleitos. Sin embargo, las palabras son las saetas capaces de comenzar un gran conflicto.

“Sin leña se apaga el fuego y sin chismes se acaba el pleito.”

Proverbios 26:20 DHH

“Hay quienes hieren con sus palabras, pero hablan los sabios y dan alivio.”

Proverbios 12:18 DHH



Capítulo tres

Lengua de maldición

“Con la lengua bendecimos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a las personas, creadas a imagen de Dios.”

Santiago 3:9. NVI

Uno de los grandes engaños que ha logrado instalarse aun dentro del pueblo de Dios es el concepto distorsionado acerca de lo que realmente es una maldición. Para muchos, la palabra “maldición” remite exclusivamente a rituales ocultos, conjuros satánicos, prácticas de hechicería o ceremonias oscuras realizadas por personas dedicadas al ocultismo. Sin duda, ese tipo de prácticas existen y producen efectos destructivos; sin embargo, la maldición, en su esencia más básica y cotidiana, es mucho más sencilla... y justamente por eso, mucho más peligrosa.

Maldecir es decir mal. No siempre se manifiesta con símbolos extraños ni palabras en lenguas ocultas. La mayoría de las maldiciones se pronuncian en la cocina, en el trabajo, en el automóvil, en la mesa familiar o incluso dentro de la iglesia. Son frases comunes, expresiones livianas,

declaraciones impulsivas que no parecen graves, pero que en el mundo espiritual cargan un peso devastador.

El apóstol Santiago lo expresó con una claridad que estremece: ***“La lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno”*** (Santiago 3:6).

Aquí no se habla de un problema menor. La lengua, cuando se usa para maldecir, se convierte en un instrumento incendiario. No solo afecta a quien recibe la palabra, sino que contamina a quien la pronuncia y altera el curso de su propia vida.

Uno de los terrenos más frecuentes, y tristemente aceptados, de la maldición verbal son los sobrenombres y los apodos. Grandes y chicos suelen tomarlos como bromas inofensivas, pero detrás de ellos se esconden algunas de las heridas más profundas del alma humana. Cuando se llama a una persona “gordo”, “burro”, “inútil”, “loco”, “bestia”, “fracasado” o expresiones similares, no se está describiendo una realidad: se está impartiendo una identidad. Y toda identidad impuesta por la palabra tiene poder formativo.

La Escritura nos confronta duramente para que no suframos la incongruencia de bendecir a Dios y con la misma lengua maldecir a las personas creadas a imagen de Dios. (**Santiago 3:9**). Maldecir a una persona no es solo herirla

emocionalmente; es despreciar la imagen de Dios en ella. Es hablar contra la obra del Creador. Por eso el salmista describe al hombre impío diciendo:

“Llena está su boca de maldición, y de engaños y fraude; debajo de su lengua hay vejación y maldad”.

Salmo 10:7

Las palabras no se evaporan. Penetran. Se alojan. Echan raíces. Especialmente cuando son escuchadas por aquellos que aún están formando su identidad, como los niños. Pensemos, por ejemplo, en una madre conversando con una vecina mientras su hijo, tomado de su mano, escucha atentamente. Si ante una pregunta descuidada responde: “¿Este? Este es la piel de Judas”, quizás lo diga en tono de broma, sin mala intención. Pero ese niño sabe, porque lo aprendió en la escuelita dominical, que Judas fue quien traicionó a Jesús. Esa palabra no pasa desapercibida; queda sembrada.

O cuando se dice: “Este chico me salió vago, burro y bruto, igual que el padre”. El niño no solo escucha; cree. Cree porque viene de una figura de autoridad. Cree porque confía. Cree porque aún no tiene filtros espirituales para rechazar lo que se declara sobre su vida. Esa frase, aunque dicha sin conciencia, es una maldición activa que comienza a modelar su futuro.

Es indudable que esa madre puede amar profundamente a su hijo, cuidarlo, protegerlo y decirle palabras tiernas a diario. Pero si en momentos de enojo o descuido lo maldice con sus palabras, el daño puede ser devastador. No se trata de falta de amor, sino de ignorancia espiritual.

Por eso Santiago exclama con dolor pastoral: “*De una misma boca salen bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Puede acaso brotar de una misma fuente agua dulce y agua salada? Hermanos míos, ¿acaso puede dar aceitunas una higuera o higos una vid? Pues tampoco una fuente de agua salada puede dar agua dulce.*” (**Santiago 3:10 al 12**). La incoherencia espiritual no es sostenible. No se puede bendecir a Dios y maldecir a las personas sin pagar un precio interior. Una fuente no puede producir dos aguas opuestas sin contaminarse.

Las maldiciones no solo se dirigen hacia las personas; con la misma facilidad las pronunciamos sobre nuestros bienes, nuestro trabajo, nuestra economía y hasta sobre el futuro. Un ejemplo cotidiano lo ilustra con claridad: una persona cobra su sueldo, abre el sobre y al ver que el dinero no alcanza dice con enojo: “Este sueldo es una misería, con esto no llego ni a mitad de mes”. Quizás lo diga como una queja momentánea, pero en realidad acaba de profetizar pobreza sobre su economía. El resultado no será casual: no llegará a mitad de mes, exactamente como lo declaró. No

porque Dios lo haya decidido así, sino porque su propia boca liberó una maldición.

Lo mismo ocurre con la casa, el automóvil o cualquier posesión. “Esta casa es un desastre”, “este lugar es una pocilga”, “este auto es una catramina”, “esto siempre me sale mal”. Cada una de estas expresiones va creando un marco espiritual que impide la bendición. No es que las cosas tengan vida propia, pero están bajo la administración de quien habla sobre ellas.

La Escritura nos advierte: **“En las muchas palabras no falta el pecado; mas el que refrena sus labios es prudente”** (Proverbios 10:19). La prudencia espiritual no consiste en negar la realidad, sino en no maldecirla. Hay una gran diferencia entre reconocer una dificultad y declarar destrucción sobre ella.

Muchas veces, al reflexionar sobre estos ejemplos, el lector se descubre a sí mismo repitiendo frases similares durante años sin medir su trascendencia. El problema es que en el mundo espiritual no existen palabras insignificantes. En el relato de la creación, la expresión **“Y dijo Dios”** se repite una y otra vez. Todo fue creado por la palabra. Y ese mismo Dios declara que Sus palabras no pasan. **“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”** (Mateo 24:35).

Si las palabras de Dios son eternas, ¿cómo podríamos pensar que las nuestras carecen de peso? Más aún cuando

Cristo mismo es presentado como la Palabra encarnada. Vivimos en un universo gobernado por la palabra, sostenido por la palabra y juzgado por la palabra.

Las maldiciones, entonces, no son un asunto místico reservado para especialistas del ocultismo. Son una realidad cotidiana que se activa cada vez que hablamos sin sabiduría, sin temor de Dios y sin conciencia espiritual. Una lengua no controlada se convierte en un arma peligrosa, capaz de destruir vínculos, identidades, proyectos y generaciones enteras.

Este capítulo nos confronta con una verdad incómoda pero necesaria: muchas de las batallas que enfrentamos no comenzaron con ataques externos, sino con palabras pronunciadas desde nuestra propia boca. Bendecimos y maldecimos con la misma lengua, y luego nos preguntamos por qué nuestra vida espiritual carece de fruto y estabilidad.

La solución no es el silencio absoluto, sino la redención del hablar. Aprender a detenernos, a refrenar, a reemplazar la maldición por bendición, la queja por fe, el enojo por sabiduría. Allí comienza un cambio profundo, no solo en nuestras circunstancias, sino en nuestro interior.

Porque cuando la lengua deja de maldecir, el cielo encuentra un espacio para volver a bendecir.

.

“Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido.”

Mateo 5:18. NVI



Capítulo cuatro

Lengua mentirosa

“Los labios mentirosos son abominación a Jehová; pero los que hacen verdad son su contentamiento.”

Proverbios 12:22

La mentira es uno de los pecados más subestimados en la vida cristiana, y al mismo tiempo, uno de los más destructivos. A menudo se la considera una debilidad humana menor, una falta socialmente aceptable, una herramienta circunstancial para evitar conflictos o salir de situaciones incómodas. Sin embargo, para Dios la mentira no es un detalle ni una fragilidad tolerable: es una abominación.

Mentir no es simplemente decir algo incorrecto. Una mentira es una declaración realizada por alguien que sabe, cree o sospecha que es falsa, con la intención de que el oyente la acepte como verdadera, ocultando total o parcialmente la realidad. En esencia, la mentira es una distorsión deliberada de la verdad. Y toda distorsión de la verdad tiene un origen espiritual.

La Palabra de Dios nos advierte que mentir nos daña a nosotros mismos. El apóstol Pablo exhorta con claridad: **“Por lo cual, desecharando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”** (Efesios 4:25).

Aquí se nos revela algo fundamental: la mentira rompe la comunión. No solo hiere la relación con el prójimo, sino que fractura el cuerpo espiritual al que pertenecemos. Mentir es actuar como si no estuviéramos unidos, como si nuestras palabras no afectaran al otro. Pero en Cristo, todo está conectado.

No es casualidad que el noveno mandamiento prohíba explícitamente el falso testimonio: **“No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”** (Éxodo 20:16). Este mandamiento no se limita a declaraciones judiciales o acusaciones formales; abarca todo tipo de engaño verbal que dañe, distorsione o manipule la verdad. Mentir es violar el pacto de confianza que sostiene la vida comunitaria.

Además, mentir es no asemejarse a Cristo. Pablo escribe: **“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”** (Colosenses 3:9 y 10). La mentira pertenece al viejo hombre. Persistir en ella es aferrarse a una naturaleza que ya ha sido crucificada. El

creyente que miente vive una contradicción interior: confiesa una nueva vida, pero se expresa con hábitos del pasado.

La Biblia condena la mentira de manera contundente. En primer lugar, Dios declara que Él no miente. Su naturaleza es verdad. Por lo tanto, todo aquel que es llamado Su hijo es llamado también a amar la verdad. Honrar la verdad es honrar a Dios. Rechazarla es despreciar Su carácter.

Jesús fue aún más directo cuando afirmó que el diablo es mentiroso y padre de mentira. Esto implica una realidad espiritual ineludible: cada vez que una persona miente, se alinea, aunque sea momentáneamente, con las tinieblas. Mentir no es solo una falla moral; es una toma de posición espiritual.

Hay personas que no solo mienten ocasionalmente, sino que viven en un estado permanente de engaño. Su vida entera se convierte en una construcción falsa. La Escritura muestra que existen influencias espirituales que empujan a las personas a este camino, al punto de normalizar la mentira como estilo de vida. Lo trágico es que, en muchos casos, esas personas saben que mienten. Son conscientes, pero ya no pueden detenerse. Terminan creyendo sus propios engaños y cosechando destrucción.

*“El testigo falso no quedará sin castigo,
y el que habla mentiras no escapará”*

Proverbios 19:5

Vivimos en una sociedad que ha normalizado la mentira. Se miente para quedar bien, para evitar problemas, para justificarse, para proteger la imagen, para no asumir responsabilidades. Se miente tanto que la mentira se ha vuelto un hábito aceptado. Muchos ya no la perciben como pecado, sino como estrategia.

Incluso dentro de la Iglesia, el creyente suele rechazar la mentira en lo grande, pero tolerarla en lo pequeño. El diablo, con su sutileza habitual, introduce frases aparentemente inofensivas: “Decile que no estoy”, “decile que no puedo”, “recién llego”, “no tengo un mango”. Son expresiones comunes, cotidianas, socialmente aceptadas. Pero siguen siendo mentiras.

No existen las “mentiras pequeñas” delante de Dios. Tampoco existen las llamadas “mentiras piadosas”. Cambiarle el nombre al pecado no lo transforma en virtud. La mentira, aunque tenga buenas intenciones aparentes, sigue siendo mentira. Y toda mentira abre una puerta a la tiniebla.

Pablo vuelve a insistir: **“Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo”** (Efesios 4:25). Desechar implica arrancar, expulsar, eliminar de raíz. No se trata de reducir la mentira, sino de erradicarla.

Hay ocasiones en que el engaño ni siquiera se presenta como una mentira explícita, sino como incoherencia espiritual. Decir que se conoce a Dios y no obedecer Sus

mandamientos es mentira. Prometer y no cumplir es mentira. Decir que se ama a Dios mientras se desprecia al hermano es mentira.

“El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él.”

1 Juan 2:4

“Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla.”

Eclesiastés 5:4

“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso.”

1 Juan 4:20

Estas afirmaciones nos muestran que la mentira no se limita a las palabras falsas, sino también a las palabras vacías, aquellas que no están respaldadas por la vida. La lengua mentirosa no solo engaña al otro; se engaña a sí misma.

El diablo está derrotado por Jesucristo, pero sigue operando como príncipe de las tinieblas. Y toda área de tiniebla que encuentre en la vida del creyente puede convertirse en un punto de ataque. Mentir, engañar, distorsionar la verdad, le proporciona el terreno que necesita para operar. Allí donde hay mentira, hay vulnerabilidad espiritual.

Por eso, cuando damos nuestra palabra, debemos cumplirla. Cuando prometemos, debemos honrarlo. De lo contrario, nos hacemos culpables delante de Dios y sembramos fracaso en nuestra propia vida.

“El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal y sus labios no hablen engaño.”

1 Pedro 3:10

Dios ha pronunciado bendición sobre aquellos que aman la verdad y se apartan del engaño. Pero también ha pronunciado juicio sobre quienes persisten en la mentira: ***“El labio veraz permanecerá para siempre; más la lengua mentirosa sólo por un momento”*** (Proverbios 12:19). La mentira puede parecer útil por un instante, pero su efecto es siempre pasajero y destructivo. La verdad, en cambio, permanece, edifica y libera.

La Escritura es categórica: no existen mentiras aceptables delante de Dios. No hay mentiras blancas, grises o piadosas. La mentira es pecado. Ofende a Dios, hiere al prójimo y destruye al que la practica. ***“Destruirás a los que hablan mentira; al hombre sanguinario y engañador abominará Jehová”*** (Salmo 5:6). El juicio bíblico sobre la mentira es serio, solemne y definitivo: ***“Y todo el que ama y hace mentira quedará fuera del Reino”*** (Apocalipsis 22:15). ***“Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre”*** (Apocalipsis 21:8).

Estas palabras no fueron escritas para infundir terror, sino para despertar conciencia. Dios ama la verdad porque Él es verdad. Y el llamado del evangelio no es solo a creer la verdad, sino a vivirla y hablarla.

Una lengua redimida es una lengua verdadera. Donde hay verdad, hay luz. Donde hay luz, el enemigo no puede operar. Y donde la verdad gobierna el hablar, la vida comienza a alinearse con el cielo.



Capítulo cinco

Lengua de muerte

“El que guarda su boca guarda su alma; mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad.”

Proverbios 13:3

Existe una batalla silenciosa pero decisiva que se libra todos los días en la vida del creyente: la batalla por el control de la lengua. No se trata de un conflicto menor ni secundario. Es una lucha espiritual profunda, porque quien gobierna la lengua, en gran medida gobierna el curso de la vida. Satanás lo sabe, y por eso una de sus estrategias más persistentes es conquistar el hablar del ser humano, especialmente el del cristiano.

El enemigo no necesita controlar todo nuestro comportamiento si logra controlar nuestra boca. Si consigue que hablemos muerte, incredulidad, temor y derrota, el daño ya está hecho. Una lengua fuera del control del Espíritu Santo se convierte en un instrumento de contaminación continua: contamina los pensamientos, las emociones, las relaciones, la fe y aun el futuro.

Si nuestra lengua no está bajo el gobierno del Espíritu Santo, inevitablemente quedará expuesta a otras influencias. No existe neutralidad espiritual. O la lengua está rendida a Dios, o será utilizada por fuerzas que buscan destruir. Por eso el apóstol Santiago utiliza imágenes tan gráficas y contundentes:

“He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua...”

Santiago 3:3 al 5

El caballo puede ser fuerte, la nave imponente, pero ambos son dirigidos por un elemento pequeño. Así ocurre con la vida humana. La lengua, aunque diminuta, tiene el poder de dirigir el rumbo entero de nuestra existencia. Por eso ninguna palabra es insignificante.

Desde este punto y hasta el final de este capítulo, es fundamental que tengamos grabado en el corazón este versículo central:

“La muerte y la vida están en el poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos.”

Proverbios 18:21

Este versículo no es una metáfora poética; es una ley espiritual. Quien lo entiende y lo aplica, jamás vuelve a hablar de la misma manera. Esta verdad desenmascara el reino espiritual que nos rodea y revela el origen de muchas batallas personales, familiares y ministeriales. Es una alarma que nos advierte cuando palabras de muerte están siendo pronunciadas sobre nuestra vida o la de los nuestros, y nos da la oportunidad de cancelarlas a tiempo.

Cuando Dios logra imprimir esta verdad en nuestro espíritu, comenzamos a vivir con mayor discernimiento, temor santo y responsabilidad. Comprendemos que no solo somos oyentes de palabras, sino emisores de decretos, muchas veces sin saberlo.

El libro de Proverbios nos muestra que las palabras rectas producen bendición y establecen orden: “*Más los que lo reprendieren tendrán felicidad, y sobre ellos vendrá gran bendición. Besados serán los labios del que responde palabras rectas. Prepara tus labores fuera, y disponlas en tus campos, y después edificarás tu casa*” (Proverbios 24:25 al 27).

La lengua de vida edifica; la lengua de muerte desordena, destruye y deja ruinas. Por eso Proverbios 18:21 puede ser el versículo que, aplicado correctamente, nos evite matar o morir espiritualmente, y nos conduzca a los tesoros eternos que Dios ha preparado para Sus hijos.

Cuando hablamos de lengua de muerte, no nos referimos únicamente a palabras que producen la muerte física, aunque esto también ha ocurrido. Hay testimonios de personas que, al recibir una noticia devastadora comunicada sin amor ni sabiduría, sufrieron infartos o colapsos irreversibles. Pero la mayoría de las veces, la lengua de muerte actúa de manera más silenciosa y progresiva.

Podemos identificar al menos tres formas principales de muerte producidas por las palabras.

1. Palabras que matan la fe

Las palabras negativas, cargadas de duda, incredulidad, temor y desconfianza, tienen el poder de matar la fe. Y donde muere la fe, mueren también las bendiciones, los milagros y los propósitos de Dios.

La incredulidad no es simplemente negar la existencia de Dios o rechazar la divinidad de Jesucristo. Muchas veces se manifiesta de forma más sutil: en palabras que cuestionan, descalifican o minimizan la Palabra de Dios. En términos bíblicos, no creer es no decir “amén” a Dios. Es rechazar la relación de confianza que Él quiere establecer con nosotros.

La incredulidad puede convivir con ciertos grados de fe, y por eso es tan peligrosa para el cristiano. Se manifiesta especialmente a través del hablar. Son palabras que parecen

prudentes, realistas o incluso espirituales, pero que en realidad niegan el obrar de Dios.

Estas palabras no solo afectan a quien las pronuncia; pueden matar la fe de otros. Un comentario cargado de incredulidad puede abortar un propósito divino, apagar una visión o desalentar a un hermano que estaba dando pasos de fe.

“La palabra que oyeron no les aprovechó, por no ir acompañada por la fe en los que la oyeron”

Hebreos 4:2

Por eso debemos discernir y rechazar toda palabra de incredulidad, especialmente cuando proviene de labios que deberían impartir vida.

2. Palabras que matan el potencial de otros

Las palabras negativas, críticas, despectivas o malintencionadas dirigidas hacia otras personas pueden matar su potencial, su futuro y su vida espiritual. La Escritura es clara:

“Hermanos, no hablen mal de los demás”

Santiago 4:11

Algunas personas son especialmente vulnerables a las palabras, sobre todo cuando provienen de figuras de

autoridad: padres, líderes, pastores, maestros. Por eso quienes han recibido autoridad espiritual deben ejercerla con temor y humildad, sabiendo que su hablar tiene un peso mayor.

No es raro que, en conversaciones aparentemente intrascendentes, alguien comparta un sueño, una visión o un proyecto. En esos momentos, una palabra imprudente puede ser letal. Frases como “eso no va a funcionar”, “no es para vos”, “ya otros lo intentaron y fracasaron”, aunque se digan “con buena intención”, pueden destruir lo que Dios estaba gestando.

No existen excusas válidas para las palabras que matan. Decir “lo dije sin pensar” no anula el efecto espiritual. Por eso también es sabio aprender con quién compartir nuestros sueños. No todos están capacitados para cuidarlos.

3. El silencio que mata

Existe una forma de muerte aún más sutil: el silencio. Las “no palabras” también pueden matar. El silencio frente a la injusticia, frente al dolor, frente a la necesidad de una palabra de aliento, puede ser tan destructivo como una palabra perversa.

La humanidad no necesita más silencio; necesita la Palabra de Dios hablada con amor y verdad.

“La lengua apacible es árbol de vida; más la perversidad de ella es quebrantamiento de espíritu.”

Proverbios 15:4

Una lengua apacible no es una lengua muda, sino una lengua gobernada por el Espíritu.

Santiago afirma una verdad dura pero realista: **“Ningún hombre puede domar la lengua”**. Con esto deja en claro que el autocontrol humano no es suficiente. No podemos dominar la lengua con disciplina, fuerza de voluntad o buenas intenciones. Solo es posible someterla al poder del Espíritu Santo.

Si de la abundancia del corazón habla la boca, entonces la solución no es callar, sino rendir el corazón. Una lengua redimida es el fruto de una vida rendida.

Jesús prometió que el Espíritu Santo nos enseñaría qué decir y cuándo decirlo. No estamos solos en esta lucha. Pero si no entregamos nuestra lengua a Dios, nos engañamos a nosotros mismos.

“Si alguno se cree religioso y no refrena su lengua...

La religión del tal es vana”

Santiago 1:26

Cuando intentamos controlar nuestra lengua por nuestras propias fuerzas, terminamos dominados por

emociones, temperamento y presiones externas. Hablamos lo que escuchamos, repetimos críticas, participamos de chismes y nos convertimos en eco de voces ajenas.

Peor aún, cuando damos lugar a influencias espirituales equivocadas, la lengua se convierte en un canal de tinieblas: sembramos división, levantamos falso testimonio y liberamos muerte.

Pero cuando el Espíritu Santo gobierna nuestro hablar, todo cambia. Comenzamos a hablar con fe, con verdad, con justicia. Abandonamos la crítica, la murmuración y el chisme. Y entonces Dios se glorifica, y nosotros somos guardados.

Nuestra lengua es el conductor de nuestros pensamientos. Si nuestros pensamientos son gobernados por Dios, nuestras palabras traerán vida. Pero si permitimos que otras voces gobiernen nuestra mente, viviremos esclavos de vergüenza y fracaso.

*“No dejes que tu boca te haga pecar...
¿Por qué harás que Dios se enoje a causa de tu voz,
y que destruya la obra de tus manos?”*

Eclesiastés 5:6

Este capítulo nos deja frente a una verdad ineludible: la lengua puede ser un instrumento de muerte o de vida. La decisión es diaria. Y el camino hacia la vida comienza

cuando rendimos nuestras palabras al gobierno del Espíritu Santo.

***“Lo que uno habla determina la vida y la muerte;
que se atengan a las consecuencias los que no miden
sus palabras.”***

Proverbios 18:21 PDT



Capítulo seis

Lengua de bendición

*“Aparta de ti la perversidad de la boca,
Y aleja de ti la iniquidad de los labios.”*

Proverbios 4:24

La vida no comenzó en nosotros el día en que salimos del vientre de nuestra madre. La Escritura nos enseña que un bebé está vivo desde el momento mismo de su gestación, formado por la mano de Dios en lo secreto del vientre. Pero aún más profundo que eso, la Palabra revela que nuestra existencia estaba en el corazón de Dios antes de la fundación del mundo. Fuimos pensados, diseñados y destinados con propósito eterno.

Sin embargo, esa vida diseñada por Dios fue afectada por la naturaleza pecaminosa del ser humano. Por esa razón, todos necesitamos un encuentro personal con Dios a través de Jesucristo y de Su obra redentora. Y ese encuentro no sucede en silencio: sucede por medio de palabras.

En algún momento de nuestra historia, alguien nos habló palabras de vida eterna. Escuchamos el mensaje del

evangelio, lo creímos en nuestro corazón y lo confesamos con nuestra boca. Al pronunciar esas palabras, aparentemente simples, algo eterno ocurrió: nuestro nombre fue registrado en el cielo. Palabras humanas, cargadas de fe, produjeron vida eterna.

“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”

Romanos 10:9

La salvación misma se activa por la confesión. Esto debería hacernos comprender la dimensión espiritual del hablar. La correcta elección de nuestras palabras nos dio la vida eterna, y seguir eligiendo bien nos llevará de gloria en gloria, de victoria en victoria y de poder en poder.

No solo nosotros seremos bendecidos, sino también aquellos que caminan a nuestro lado. Nuestro entorno espiritual será transformado, nuestros bienes se multiplicarán en la medida de nuestra fidelidad, y los proyectos que emprendamos bajo la guía de Dios tendrán fruto.

La Escritura afirma que fuimos llamados para heredar bendición, y no solo para recibirla, sino para impartirla. El creyente que comprende este principio deja de ser un receptor pasivo y se convierte en un canal de bendición sobre la tierra.

“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno... porque de la abundancia del corazón habla la boca.”

Lucas 6:45

Para que la bendición fluya por nuestra boca, primero debe habitar en nuestro corazón. Nadie puede bendecir constantemente si no está lleno de la Palabra de Dios. Por eso, la lengua de bendición es el resultado de una vida rendida al gobierno del Espíritu Santo.

En primer lugar, la bendición comienza de manera personal. Cuando cada día nos sometemos al Espíritu Santo, de nuestra boca fluye un río de alabanza. La alabanza no es solo una expresión musical; es una declaración espiritual que establece la presencia de Dios.

“Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Él, sacrificio de alabanza.”

Hebreos 13:15

Dios habita en medio de la alabanza de Su pueblo. Cuando la boca bendice, el cielo se manifiesta. De nuestra boca también fluyen palabras que nos alinean con la voluntad de Dios, que nos mantienen quebrantados, sensibles y obedientes. Palabras que, como espada de dos filos, abren camino donde no lo hay, y ante las cuales toda oposición espiritual debe retroceder.

La lengua de bendición no es ingenua ni pasiva. Es una lengua que derriba lo incorrecto y edifica lo eterno. Que arranca lo que no proviene de Dios y planta lo que sí procede de Él. Palabras que hacen estallar la bendición, no por magia, sino por obediencia espiritual.

*“A los cielos y a la tierra llamo por testigos...
Que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición
y la maldición; escoge, pues, la vida.”*

Deuteronomio 30:19

Escoger la vida es escoger cómo hablamos. Cada palabra es una decisión espiritual. Proverbios vuelve a recordarnos que la vida y la muerte están en el poder de la lengua. No es una opción secundaria; es un principio rector del Reino.

En segundo lugar, nuestras palabras desatan bendición sobre nuestros seres queridos. Cuando decidimos hablar bien, hablar con gracia y hablar con sabiduría, creamos un ambiente donde la vida puede crecer.

“Que su conversación sea siempre amena y de buen gusto.”

Colosenses 4:6

Podemos elegir no participar de chismes, no responder con aspereza, no caer en la impaciencia. Podemos ser personas que transmiten paz, seguridad y esperanza. Esto no

sucede de la noche a la mañana. Es un proceso. Pero cada día que perseveramos, nuestras relaciones se fortalecen y damos testimonio del poder transformador de Dios.

En tercer lugar, nuestras palabras bendicen a los hermanos en la fe. Una lengua de bendición jamás se presta para la crítica hiriente, la murmuración o el juicio apresurado.

“Hermanos, no hablen mal unos de otros.”

Santiago 4:11

La unidad del cuerpo de Cristo se protege con palabras. Cada vez que hablamos bien de un hermano, incluso cuando no está presente, estamos edificando el Reino. Cada vez que callamos ante el chisme, estamos defendiendo la obra de Dios.

En cuarto lugar, nuestras palabras liberan vida cuando predicamos el evangelio. El anuncio de Cristo es, en sí mismo, una liberación de bendición. El evangelio no solo informa; transforma.

“¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?”

Romanos 10:14

Cada vez que hablamos de Cristo, la vida fluye. La bendición no es solo material; es espiritual, eterna y transformadora.

En quinto lugar, la lengua de bendición se manifiesta incluso frente a los enemigos. Este es uno de los mayores desafíos del Reino: bendecir a quienes nos hieren.

“No devolviendo mal por mal... sino bendiciendo”
1 Pedro 3:9

Bendecir no es aprobar el mal, sino responder desde una autoridad superior. La bendición desarma al enemigo. Y si el enemigo persiste en su maldad, será Dios quien se encargue de traer justicia.

La lengua de bendición también tiene impacto territorial. Nuestras palabras pueden bendecir o maldecir ciudades, barrios y naciones.

“Por la bendición de los rectos la ciudad será engrandecida.”
Proverbios 11:11

Cuando declaramos continuamente ruina, corrupción y fracaso sobre una ciudad, contribuimos a su oscuridad. Bendecir no es negar la realidad, sino hablar la voluntad de Dios sobre ella. El pueblo de Dios está llamado a cambiar atmósferas, y eso comienza con palabras.

Además, nuestras palabras protegen y multiplican nuestros bienes. Todo lo que poseemos es una mayordomía. Hablar bien de lo que Dios nos ha confiado honra al Dador.

Hablar palabras de fe mueve el cielo. La fe no es realismo; es certeza espiritual. Antes de recibir algo en las manos, debemos recibirla en el espíritu. La fe activa no solo pide; agradece por adelantado.

“Creí, por lo cual hablé.”
2 Corintios 4:13

Desde Génesis hasta el Nuevo Testamento, vemos a Dios obrando por medio de la palabra. Moisés, Josué, Ezequiel, Jesús y los apóstoles activaron milagros hablando conforme a la voluntad de Dios. Cuando la Palabra fluye de nuestros labios, cobra vida porque es la misma Palabra viva de Cristo.

Quienes desean caminar en una fe activa deben deshacerse de toda declaración de limitación, incapacidad o derrota. No se puede vivir en lo sobrenatural con una boca que declara lo natural como límite.

Los hombres y mujeres de fe que admiramos no eran extraordinarios en sí mismos. Eran personas comunes con una profunda reverencia por Dios y Su Palabra. La cuidaban, la hablaban y la aplicaban sin reservas.

***“La palabra está cerca de ti;
En tu boca y en tu corazón”***
Romanos 10:8

El poder no está lejos. Está en la boca rendida y en el corazón obediente. Guardar el corazón es guardar la fuente de la vida. La lengua de bendición no es un concepto teórico; es una forma de vivir. Y cuando el corazón es guardado, la boca se convierte en un instrumento de vida, sanidad y restauración.

***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida.”***

Proverbios 4:23



Capítulo siete

Lenguas espirituales

“Cuando llegó el día del Pentecostés estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, vino del cielo un ruido como el de una violenta ráfaga de viento y llenó toda la casa donde estaban reunidos. Se les aparecieron entonces unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.”

Hechos 2:1 al 4 NVI

Si este libro nos ha conducido a comprender la enorme importancia que tienen nuestras palabras, resulta imposible eludir un tema profundamente ligado al hablar espiritual: las lenguas espirituales, comúnmente conocidas como el hablar en lenguas. No se trata de un asunto secundario ni accesorio, sino de una realidad bíblica que ha acompañado a la Iglesia desde su nacimiento y que, a lo largo de los siglos, ha sido motivo tanto de edificación como de controversia.

El término “*glosolalia*” proviene de dos palabras griegas: “*glóssa*”, que significa lengua, y “*lalein*”, que significa hablar. Es decir, literalmente: hablar en lenguas. Mi

intención al abordar este tema no es imponer una postura ni generar divisiones, sino compartir una reflexión pastoral, bíblica y vivencial, con el deseo sincero de aportar claridad y madurez espiritual.

El primer registro histórico y bíblico del hablar en lenguas lo encontramos en el día de Pentecostés, pocos días después de la resurrección y ascensión de Jesús. Este acontecimiento no fue una casualidad ni una experiencia emocional aislada. Fue el cumplimiento de una promesa y el nacimiento visible de la Iglesia empoderada por el Espíritu Santo. Sin embargo, desde entonces, el don de lenguas ha sido objeto de interpretaciones diversas. Algunos sostienen que ya no es vigente; otros lo consideran innecesario; otros lo elevan como la señal suprema de espiritualidad. La realidad es que, donde hay extremos, suele haber confusión.

Mi deseo no es contender con ninguna de estas posturas, sino invitar al lector a reflexionar con un corazón humilde y abierto. He aprendido que cuando una opinión se vuelve rígida, absolutista y descalificadora, deja de ser una convicción saludable y se convierte en una fortaleza que impide crecer. La Iglesia no necesita defensores exaltados de “verdades incuestionables”, sino siervos enseñables que buscan hacer la voluntad del Señor.

Desde mi experiencia y estudio de la Escritura, creo firmemente que el don de lenguas es dado por Dios. No es producto del esfuerzo humano ni de la sugestión emocional.

Es un regalo del Espíritu Santo. Pero también creo que Dios no lo otorgó para generar disputas interminables dentro de Su Iglesia, porque Él no es Dios de confusión, sino de paz (**1 Corintios 14:33**).

El hablar en lenguas no es un parloteo sin sentido. Es un don espiritual profundo, con propósitos claros y específicos. Tampoco es necesario entrar en trance, perder el dominio propio o desconectarse de la realidad para manifestarlo. El Espíritu Santo no anula nuestra voluntad; la santifica. Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (**2 corintios 3:17**).

Hablar en lenguas forma parte de mi vida espiritual cotidiana. No es una experiencia ocasional ni un acto místico reservado para ciertos momentos especiales. Es un don que uso con libertad: hablo cuando quiero y dejo de hablar cuando quiero. No porque yo controle al Espíritu, sino porque Él no me controla como una fuerza impersonal, sino que coopera conmigo como Persona divina.

Creo que el hablar en lenguas es una manifestación visible de la operación del Espíritu Santo y, en muchos casos, una señal para los incrédulos (**1 Corintios 14:22**). Pero debo afirmar con claridad que hablar en lenguas no es prueba de estar lleno del Espíritu Santo. He visto personas que hablan fluidamente en lenguas y, sin embargo, viven dominadas por el pecado, el orgullo, la envidia o la codicia. El don no garantiza el carácter.

En Pentecostés, los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo y luego comenzaron a hablar en lenguas. El orden es importante. La llenura precede a la manifestación. Pero esa llenura no es un estado permanente automático. Es posible tener un don y no vivir bajo el gobierno del Espíritu.

Antes de Pentecostés, los discípulos ya habían recibido el Espíritu cuando Jesús sopló sobre ellos (**Juan 20:22**). Ese acto fue similar al nuevo nacimiento: el Espíritu vino a morar en ellos, a convencerlos de pecado, justicia y juicio (**Juan 16:8**), a sellarlos como propiedad de Dios (**Efesios 1:13**), y hacer morada en ellos convirtiéndolos en su templo (**1 Corintios 3:16**). Pero luego, en Pentecostés, recibieron algo más: el bautismo del Espíritu Santo, es decir, la inmersión en Su poder para testificar (**Hechos 1:8**).

El Espíritu Santo que habita en nosotros nos guía, nos enseña y nos santifica. Pero también nos invita a sumergirnos plenamente en Él. Cuando esto ocurre, la presencia del Espíritu no solo está dentro, sino que se manifiesta hacia afuera, y una de esas manifestaciones puede ser el hablar en lenguas.

Debo insistir: hablar en lenguas no equivale a vivir lleno del Espíritu. Los dones son irrevocables. Dios no los quita, aunque nosotros sí podemos descuidarlos o incluso despreciarlos. Además, el Espíritu Santo no se recibe por partes. No tenemos “un poco” del Espíritu. Él es una Persona. O está gobernando, o no lo está.

Por eso entiendo la llenura del Espíritu Santo como el grado de gobierno que Dios tiene sobre nuestra vida. Una persona está llena del Espíritu cuando le ha rendido el control de su voluntad, pensamientos, emociones y acciones al Señor. Bajo esta perspectiva, el hablar en lenguas se convierte en un don poderoso para la intercesión y una señal de autoridad espiritual delegada.

A nivel personal, creo que hay un mensaje profundo de Dios en el hecho de que el Espíritu tome nuestra lengua, el miembro más pequeño y más difícil de gobernar. Es como si Dios dijera: “Si me entregas tu lengua, puedo gobernar todo tu ser”. La lengua es una puerta. Cuando se rinde, se convierte en una puerta eterna por donde Dios se manifiesta.

Esto exige perseverancia diaria. No se trata de haber alcanzado algo una vez, sino de permanecer en una entrega continua. Por eso vemos personas que hablan en lenguas pero no viven llenas del Espíritu, y otras que no hablan en lenguas pero viven vidas piadosas y rectas. Sin embargo, considero que quienes no han recibido este don se han perdido una dimensión especial del fluir del Espíritu, una inmersión más profunda en Su río.

Todos los creyentes tenemos autoridad por nuestra posición en Cristo, pero el poder para ejercer esa autoridad proviene de la llenura del Espíritu Santo. El hablar en lenguas

es una herramienta poderosa para la oración, la intercesión y la edificación personal.

Lo repito, creo que el don de hablar en nuevas lenguas no significa de ninguna manera “estar siempre” llenos del Espíritu Santo. En primer lugar porque la Biblia dice que los dones de Dios son irrevocables (**Romanos 11:29**), es decir que son dados pero no quitados por El, aunque nosotros si podemos desecharlos (**1 Tesalonicenses 4:8**).

En segundo lugar, porque creo que Dios no da el Espíritu por medida (**Juan 3:34**); sobre todo porque el Espíritu Santo es una persona y aunque no entendamos su ser, no podemos tener un pedazo de Él. Lo tenemos o no lo tenemos.

Es por ello que puedo decir, a pesar de ser este otro tema tan polémico, que llenura del Espíritu Santo es gobierno de Dios sobre nuestras vidas. ¿Qué quiere decir esto? Bueno, que el Espíritu Santo, sencillamente, está o no está y que nuestra entrega de dominio total sobre toda área de nuestra vida se denomina llenura del Espíritu.

Podría decir entonces que creo que una persona está llena del Espíritu Santo cuanto le ha dado control absoluto de su vida al Señor. Es por eso que creo que la manifestación visible de hablar en lenguas es un don poderoso para la intercesión, un don que indirectamente manifiesta una

autoridad delegada por Dios para que podamos ser efectivos como embajadores del cielo en la tierra.

También creo a modo personal que hay un mensaje o señal de Dios para nuestras vidas sobre el tema de hablar en lenguas, algo así como que Dios nos dijera: (Solo concepto personal) *“Aquí estoy he llegado a tomar tu lengua, tu miembro más pequeño y más difícil de gobernar (Santiago 3:5 y 6), si he controlado tu lengua, si has podido ponerla al servicio de mi Espíritu, entonces puedo llegar a controlar todo tu ser. De ahora en adelante si persistes en seguir con tu entrega me manifestaré a través tuyo. Cumplirás la función de una puerta eterna para que yo me muestre a toda la humanidad” (Salmo 24:7 al 10).*

Quede claro entonces que debemos persistir diariamente en la entrega de nuestro ser. No que ya lo hubiéramos logrado; es ahí donde muchos quedan con el don de hablar en lenguas, pero lejos de ser llenos del Espíritu, viven dejando mucho que desear y otros que no hablan en lenguas viven mucho mejor.

Estos últimos, pueden vivir justa y piadosamente sus vidas cristianas, pero pienso que no han podido recibir un toque especial como el de ser cubiertos, sumergidos por el río del Espíritu (**Salmo 42:7**), revolcados por su poder. Todos tenemos autoridad ante la vida espiritual, por la escritura y por nuestra posición en Cristo, pero poder para ejercer esa autoridad viene por el ser llenos del Espíritu Santo.

Creo que hablar en lenguas es el vivo testimonio para todos los que no han creído. (**1 Corintios 14:22**) y un medio por el cual podemos hablar con Dios (**1 Corintios 14:2**), y una forma efectiva de ser edificados espiritualmente (**1 Corintios 14:4**).

Creo que hablar en lenguas es de máxima necesidad e importancia para una vida cristiana victoriosa y efectiva, no me refiero en absoluto para una vida desde el punto de vista personal, creo que sin hablar en lenguas una persona puede tener una vida personal muy exitosa, aun siendo cristiano, yo me estoy refiriendo a la vida en función del Reino.

Jesús le dijo a sus discípulos: Esperen la promesa del Padre, la cual, les dijo oyeron de mí, porque Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días y recibirán poder, cuando haya venido sobre ustedes el Espíritu Santo y cuando recibieron el bautismo fueron equipados con dones espirituales poderosos, entre ellos el hablar en lenguas.

El pasaje que más luz trae sobre ello, es el capítulo **14** de **1 Corintios**. Donde Pablo comienza hablando sobre el orden de culto y propone seguir el amor, pretendiendo los dones espirituales, haciendo notar que sobre todas las cosas mejor es profetizar que hablar en lenguas, porque el que habla en lenguas no habla a los hombres sino a Dios (**1 Corintios 14:1 y 2**).

Pero repito: Pablo está hablando de los momentos en los que se reúnen todos. No está diciendo que un don sea mejor que otro, sino que en la reunión que tengan es mejor profetizar que hablar en lenguas. Porque si uno habla en lenguas nadie le entiende, pero si profetiza todos se pueden edificar, entendiendo que es profetizar también incluye la predicación que es la interpretación de la palabra profética más segura.

Creo que el hablar en lenguas es un don dado para hablar con Dios en la misma frecuencia, porque Dios es Espíritu y las lenguas son hablar en el espíritu, por lo tanto si la gente no entiende no tiene ninguna importancia, no tienen por qué entender, el que habla en lenguas no habla con la gente sino con Dios. (1 Corintios 14:2 al 5).

“Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis. Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios. Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación. El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia. Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación.”

Creo además que el que habla en lenguas habla misterios, lo que significa según el diccionario: cosas secretas (**1 Corintios 14:2**); **“El Espíritu nos ayuda así en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”** (**Romanos 8:26**).

Yo suelo dar un ejemplo en los talleres de congresos en los que hablo sobre este tema: Supongamos que usted se despierta a las 3 de la mañana y siente que Dios lo está llamando para orar, siente una urgencia por hacerlo, pero en realidad no sabe ni por quien orar, así que comienza nombrando a su abuelito, a su tío, a su padre y que se yo a quién más. Resultado de esto es, que se puede llegar a dormir nuevamente sin haber orado por quien realmente tenía una necesidad.

Por otra parte, si queremos ser efectivos, necesitamos tener una revelación sobrenatural donde Dios nos de nombres o necesidades específicas o de tener una visión tridimensional donde Él nos revele lo necesario. Pero todo esto es mucho más sencillo cuando dejamos que el Espíritu interceda como conviene, poniendo nuestra voluntad y nuestra lengua a su servicio para que interceda por nosotros.

Podrás estar pensando que si Dios sabe sobre una necesidad para que haría cosa semejante como hacernos orar. Bueno, Dios lo sabe, pero si El actuara por conocimiento el

mundo sería distinto. En cambio, El actúa por activar el poder soberano delegado a la Iglesia a través de la oración de fe.

Cuando un cristiano ora conforme a la voluntad de Dios, el cielo se mueve a su favor y a favor de aquellos por quienes está intercediendo.

Creo que hablar en lenguas edifica nuestro espíritu (**1 Corintios 14:4**); Tener diversas actividades espirituales de seguro nos edificarán, pero la mayoría de los cristianos tienen en poca consideración el hablar en lenguas para edificarse espiritualmente.

Es muy probable que eso suceda porque no entendemos lo que decimos, pero las cosas espirituales no son para entenderlas con la mente o la razón (**1 Corintios 14:14**), aunque estemos pasando por algún conflicto o nuestra mente no deje de golpearnos con pensamientos incorrectos, debemos hablar en lenguas para edificarnos espiritualmente, aunque nuestra mente no entienda nada.

Creo que el hablar en lenguas es la oración espiritualmente más pura, ya que no está cargada de religiosidad y frases armadas o ceremoniosas que terminan siendo vanas repeticiones. Hablar en lenguas es orar en el espíritu (**1 Corintios 14:14**).

Creo que el hablar en lenguas nos permite subir a nuevas dimensiones de oración y nos permite pasar tiempo

sin limite orando al rey (**1 Corintios 14:15**). Si oramos con entendimiento es bueno y necesario, pero nuestro tiempo se verá limitado a todo lo que necesitamos o podamos decir y luego tendremos que comenzar a repetir una y otra vez como un rezo nuestra necesidad.

Creo que el hablar en lenguas acompañado del don de interpretación de lenguas es dinamita en nuestra vida de oración y de edificación espiritual, ganaremos frutos de entendimiento tanto nosotros como el resto de la Iglesia. Interpretar las lenguas es poder interpretar la voluntad de Dios y luego de haber pedido conforme a su voluntad, tener la capacidad de actuar en fe, al respecto (**1 Corintios 14:13**).

Creo que el hablar en lenguas es uno de los dones más maravillosos. Es útil y fundamental para una vida espiritual victoriosa, pero creo también que es uno de los más ignorados y mal interpretado de todos los dones. Conozco mucha gente que ha recibido el don de Lenguas, pero conozco muy pocos que lo utilicen correctamente.

Me apena ver a los hermanos que desesperados claman por recibir el don de Lenguas, pero luego de recibirla se dan por satisfechos, lo tienen y no lo usan, tampoco saben cómo ni para qué. Solo piensan que es hablar cosas que no entienden, pero si la Biblia lo dice debe ser bueno. He visto muchos jóvenes en congresos queriendo recibir el don, pero en el fondo percibo que lo desean sin sentido de propósito,

más que nada es porque algún otro lo tiene y ellos también lo quieren.

Por último creo que el hablar en lenguas no debe ser impedido (**1 Corintios 14:39**), sino que por el contrario debe enseñarse en las Iglesias sobre su utilización y desarrollo en la vida de cada cristiano.

“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.”

Marcos 16:17 y 18

¿Y qué ocurre con aquellos que no hablan en lenguas?

Bueno conozco a varios hermanos de buena voluntad que se preocupan pensando si el no hablar en lenguas significa que no están llenos del Espíritu, o que están mal por algo, o que les falta algo para que el Señor les de la promesa... Primero quiero decirles que la llamada promesa la tenemos todos, la promesa nos la dio a todos, pero el cumplimiento es otra cosa.

Por otra parte es de imperiosa necesidad que tengan paz y no entren en ansiedad, permitiendo que el Señor haga su obra sin que se lo impidamos nosotros mismos por nuestra actitud desesperada o falsas conclusiones.

Pero por sobre todo deseo me pueda comprender que somos un cuerpo y no todos tenemos todo, que al igual que los miembros de un cuerpo, todos tenemos diferentes funciones y necesidades. Mis ojos no tienen uñas o mis orejas no tienen dientes, no solo porque quedaría feo, sino porque no son necesarias. Con esto quiero dejar en claro que no todos tienen por qué hablar en lenguas.

“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? Procurad, pues, los dones mejores. Más yo os muestro un camino aún más excelente. (El amor...) 1 Corintios 12:27 al 31

Tenemos en claro que no todos somos apóstoles o profetas o maestros, que no todos tenemos todos los dones, pero también debemos tener en claro que no todos hablamos lenguas y no todos interpretamos lenguas, al final lo más importante es el amor, tal lo expresó Pablo en el capítulo siguiente (13) En definitiva, creo que el verdadero amor, de corazón puro, es una evidencia más noble de la llenura del Espíritu Santo en la vida de un cristiano.

Capítulo ocho

La lengua y Las palabras de vida

A lo largo de este libro hemos podido observar, con claridad creciente, que el uso correcto de la lengua no es un asunto menor ni una simple cuestión de educación verbal o prudencia humana. Hablar correctamente, poniendo nuestra boca y nuestros labios al servicio de Dios, nos eleva a nuevas dimensiones espirituales, nos introduce en esferas más profundas del Reino y nos posiciona como instrumentos activos del propósito eterno de Dios en la tierra.

Para comprender plenamente esta verdad, debemos volver una y otra vez a nuestro modelo perfecto: Jesucristo, la Palabra encarnada. Él no hablaba de manera impulsiva ni improvisada. No pronunciaba palabras vacías ni declaraciones innecesarias. Cada una de Sus palabras estaba alineada con la voluntad del Padre, dirigida por el Espíritu Santo y cargada de vida eterna.

Jesús pudo afirmar con absoluta certeza que ninguna de Sus palabras caería a tierra, porque no hablaba por iniciativa propia, sino en obediencia total al Padre celestial:

“Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.”

Juan 12:49 y 50

Aquí encontramos una de las claves más profundas del hablar que produce vida: Jesús hablaba desde la comunión, no desde la opinión; desde la obediencia, no desde la impulsividad; desde la intimidad con el Padre, no desde la necesidad de demostrar nada. Por eso Sus palabras sanaban, libertaban, edificaban y transformaban realidades.

Si aprendemos del Maestro, hablaremos con Su gracia, y nuestras palabras no solo edificarán personas, sino que impactarán generaciones. Hablaremos vida y viviremos bendición. Lo haremos con autoridad, con poder y para la gloria del Padre. Aún más, al rendir completamente nuestra lengua, nos fundiremos en la dinámica del Reino, elevándonos a dimensiones espirituales que jamás hubiéramos imaginado.

Jesús declaró una verdad fundamental:

“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.”

Juan 6:63

Las palabras de Jesús no eran solo sonidos bien pronunciados; eran espíritu, y por eso producían vida. Como semillas vivas, portaban en sí mismas el poder de generar aquello para lo cual eran enviadas. Esta es la razón por la cual Jesús utilizó la figura del sembrador: las palabras son semillas, y quien las habla es un sembrador.

Toda semilla posee un potencial interno que, en el tiempo oportuno, se manifestará. De la misma manera, toda palabra soltada al mundo contiene un potencial de producción. Por eso es vital discernir qué clase de semillas estamos sembrando continuamente con nuestra boca. Sin embargo, es necesario comprender algo fundamental: no toda palabra, aun siendo correcta, produce automáticamente vida espiritual.

Para entender esto, debemos profundizar en una de las revelaciones más importantes de la Escritura: la diferencia entre Logos y Rhema.

El Evangelio de Juan nos introduce a esta verdad desde el comienzo: **“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Juan 1:1 al 4).**

El término “Verbo” aquí es Logos. Logos es la Palabra de Dios ya dicha, la revelación objetiva, completa y eterna de la voluntad divina. La Biblia entera es Logos: verdad absoluta, firme e inmutable. Pero el Logos, aunque es

verdadero y poderoso, necesita ser vivificado en nosotros por el Espíritu Santo para producir vida práctica y concreta.

Cuando el Logos es activado por el Espíritu Santo en una situación específica, se convierte en Rhema. El Rhema es la Palabra viva, aplicada, personal, dirigida. Es el Logos encendido en el espíritu del creyente. Es la Palabra que “explota” internamente y produce fe, convicción y obediencia.

“Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.”

Isaías 55:10 y 11

El Logos es la Palabra objetiva; el Rhema es la Palabra subjetiva. El Logos informa; el Rhema transforma. El Logos llega a la mente; el Rhema llega al espíritu. Por eso María pudo responder al ángel: “Hágase conmigo conforme a tu palabra”. Ella había recibido un Rhema específico de Dios.

Jesús mismo afirmó: ***“No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra (Rhema) que sale de la boca de Dios”***. El Rhema es alimento espiritual. Es aquello que nos sostiene cuando todo lo demás falta.

Los Rhemas de Dios son los que nos exhortan, nos fortalecen, nos consuelan y nos llenan de paz. Son respuestas divinas que nos dan dirección y nos capacitan para avanzar.

La Iglesia es purificada, no solo por el Logos leído, sino por el Rhema aplicado:

“Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Rhema).

Efesios 5:26

Ahora bien, ¿cómo obtenemos Rhemas? La respuesta es clara: sumergiéndonos en el Logos. Cuanto más llena está nuestra mente y nuestro corazón de la Palabra escrita, más material tiene el Espíritu Santo para hablarnos de manera específica. El Espíritu no inventa nuevas verdades; Él toma del Logos y lo aplica a nuestra vida.

Por eso, una palabra hablada solo desde el conocimiento mental, aunque sea bíblica y correcta, puede no tener poder para producir. Será una buena palabra, pero no una palabra viva. No toda palabra positiva es una palabra con unción. La diferencia no está en lo que decimos, sino desde dónde lo decimos.

Muchas personas hablan bien, pero sin fe. Otras hablan mal, pero les va bien por otras razones. Esto nos enseña que el poder no está simplemente en hablar, sino en hablar con el espíritu correcto. Jesús hablaba con autoridad porque hablaba desde el Rhema del Padre, no desde el conocimiento acumulado.

Cuando hablamos desde un Rhema, el poder acompaña a la palabra. Cuando hablamos solo desde el Logos intelectual, podemos quedar en ridículo espiritual. La palabra viva es la Palabra de Dios activada por el Espíritu, y solo ella produce frutos espirituales.

Esto explica por qué Jesús podía hablarle a la higuera y secarla, al mar y calmarlo, a Lázaro y resucitarlo. Él no improvisaba decretos; hablaba desde la comunión perfecta con el Padre. Por eso la gente decía que no hablaba como los escribas, sino con autoridad.

Hoy, como embajadores del Reino, somos llamados a hablar de la misma manera. No se trata de hablar mucho, ni siquiera de hablar siempre “bien”, sino de hablar lo justo, lo correcto y lo que el Espíritu indica. En las muchas palabras no falta pecado. Este libro no nos enseña a multiplicar declaraciones, sino a refinar el hablar.

Cuando la Palabra de Dios fluye desde nuestro espíritu, se convierte en vida para quienes la reciben. Produce sanidad, libertad, dirección y restauración. Pero esto solo es posible cuando vivimos en comunión con el Espíritu Santo, quien da vida a las palabras del Padre en nosotros.

Las palabras de vida no nacen de la ansiedad, ni del deseo de controlar, ni de la repetición mecánica. Nacen del silencio reverente, de la escucha atenta y de la obediencia

humilde. Allí, la lengua deja de ser un instrumento humano y se convierte en una herramienta divina.

Por eso, cuidar nuestro corazón es fundamental. De él mana la vida. Y cuando el corazón es guardado, la boca se convierte en un canal de vida, y no de muerte.

Este libro comenzó hablando del peligro de la lengua, pasó por la corrupción, la mentira, la maldición y la muerte, y ahora culmina aquí: la lengua como portadora de palabras de vida. No como teoría, sino como estilo de vida. No como técnica, sino como fruto de una relación viva con Dios.

Que nuestras palabras no sean muchas, pero que sean vivas. Que no sean ruidosas, pero que sean efectivas. Que no nazcan del alma, sino del espíritu. Y que, como hijos de la Palabra, podamos manifestar con plenitud el Reino de los cielos en la tierra... una palabra viva a la vez.

"Ciertamente, la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón".

Hebreos 4:12



EPÍLOGO

Al llegar al final de este recorrido, no podemos hacerlo con liviandad. Este libro no fue escrito para ser simplemente leído, sino para ser recibido, meditado y vivido. Cada página ha sido una invitación a mirar con honestidad una de las áreas más determinantes, y a la vez más descuidadas de la vida espiritual: la lengua. Allí donde muchos han minimizado su importancia, la Palabra de Dios nos ha confrontado con una verdad ineludible: la lengua no es un órgano inocente, es un instrumento espiritual.

Desde el inicio hemos comprendido que las palabras no son neutras. No flotan en el aire para luego desaparecer sin consecuencias. Cada palabra pronunciada porta una carga espiritual, una intención, una dirección y un efecto. Por eso la Escritura afirma que la lengua del justo es como plata refinada: no es improvisada, no es vulgar, no es contaminada; es una lengua que ha pasado por fuego, por proceso, por purificación.

A lo largo de los capítulos, hemos transitado un camino que va desde la conciencia hasta la transformación. Comenzamos reconociendo la importancia de las palabras en la comunicación humana y espiritual. Descubrimos que hablar no es solo emitir sonidos, sino sembrar semillas que inevitablemente producirán fruto. Aprendimos que la lengua

revela el estado del corazón y que no puede haber un hablar sano sin una fuente interior renovada.

Luego fuimos confrontados con la realidad de la lengua corrompida: palabras descuidadas, livianas, manipuladoras o destructivas que, aunque muchas veces justificadas, contristan al Espíritu Santo y debilitan la vida espiritual. Vimos cómo la corrupción del hablar no es solo un problema ético, sino una grieta espiritual que abre puertas a la división, la pérdida de autoridad y la esterilidad interior.

Avanzamos después hacia una de las revelaciones más incómodas, pero necesarias: la lengua de maldición. Comprendimos que maldecir no siempre implica rituales ocultos o actos deliberados de brujería, sino que muchas veces se manifiesta en expresiones cotidianas, bromas hirientes, declaraciones impulsivas o palabras dichas sin conciencia. Aprendimos que se puede bendecir a Dios y, al mismo tiempo, maldecir a las personas hechas a Su imagen, y que esa incoherencia espiritual no puede sostenerse sin consecuencias.

La lengua mentirosa nos confrontó con una sociedad que ha normalizado el engaño y con una religiosidad que, muchas veces, tolera la mentira “pequeña” mientras condena la grande. Descubrimos que la mentira no solo rompe la confianza humana, sino que alinea espiritualmente al creyente con las tinieblas, porque Dios es verdad y en Él no hay engaño. Aprendimos que no existen mentiras piadosas

delante de Dios y que toda falsedad, por mínima que parezca, erosiona la comunión y apaga la luz interior.

Más adelante, al tratar la lengua de muerte, entendimos que no solo las palabras agresivas matan, sino también aquellas cargadas de incredulidad, temor y negatividad. Vimos cómo se puede matar la fe de un hermano con una sola frase, abortar un propósito divino con un comentario imprudente o incluso dañar el propio destino con declaraciones repetidas sin discernimiento. Descubrimos que incluso el silencio, cuando debería hablarse vida, puede convertirse en una forma sutil de muerte.

Pero este libro no se quedó en la denuncia ni en la confrontación. El Espíritu Santo siempre confronta para restaurar, no para condenar. Por eso llegamos al capítulo de la lengua de bendición, donde se nos recordó que fuimos llamados a heredar bendición y a convertirnos en bendecidores. Allí entendimos que una boca rendida al Espíritu puede transformar ambientes, sanar relaciones, edificar ciudades y cambiar historias. Aprendimos que hablar con fe no es negar la realidad, sino alinearse con la voluntad de Dios por encima de ella.

Al profundizar en las lenguas espirituales, se nos abrió una dimensión sobrenatural del hablar: la lengua completamente entregada al Espíritu Santo. Comprendimos que el hablar en lenguas no es un trofeo espiritual ni una señal de superioridad, sino un don para la intercesión, la

edificación y el gobierno espiritual. Vimos que la llenura del Espíritu no se mide por manifestaciones externas, sino por el grado de gobierno que Dios tiene sobre nuestra vida, y que una lengua rendida es una puerta por donde el cielo puede manifestarse en la tierra.

Finalmente, al abordar la lengua y las palabras de vida, llegamos al corazón mismo del mensaje: no se trata solo de hablar correctamente, sino de hablar desde el espíritu. Aprendimos la diferencia entre el Logos y el Rhema, entre la palabra conocida y la palabra viva, entre el conocimiento bíblico y la revelación aplicada. Comprendimos que no toda palabra positiva produce vida, sino aquella que está cargada de fe, comunión y obediencia al Espíritu Santo.

Este libro nos ha enseñado que el poder no está en hablar mucho, sino en hablar lo que Dios dice, cuando Dios lo dice y como Dios lo dice. Nos ha llevado a entender que una lengua refinada no es una lengua ruidosa, sino una lengua alineada. No es una lengua impulsiva, sino una lengua obediente. No es una lengua religiosa, sino una lengua viva.

Al cerrar estas páginas, el desafío no es intelectual, sino práctico. El verdadero fruto de este libro no se medirá por cuánto se ha entendido, sino por cómo se hablará a partir de ahora. En el hogar, en el ministerio, en el trabajo, en la intimidad, en el conflicto, en la oración y en el silencio.

Que este epílogo no sea un punto final, sino un umbral. Un llamado a vivir con una conciencia renovada del poder de las palabras. Un recordatorio diario de que cada frase puede acercar o alejar, sanar o herir, edificar o destruir.

Que el Espíritu Santo refine nuestra lengua como plata pasada por fuego. Que nuestras palabras sean pocas, pero vivas. Que sean verdaderas, pero llenas de gracia. Que no nazcan del ego, sino de la comunión. Y que, al final de nuestros días, podamos decir como el salmista:

“Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová”.

Salmo 19:14

Porque una lengua rendida es evidencia de una vida rendida. Y una vida rendida es el terreno donde Dios se glorifica.



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Osvaldo Rebolledo



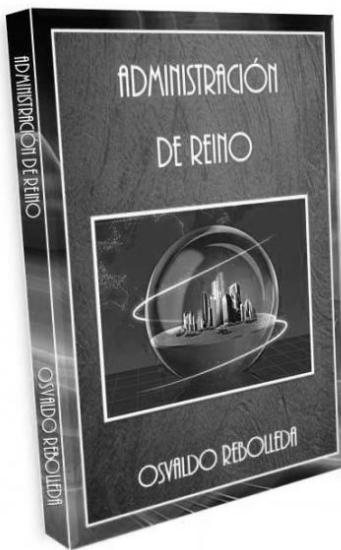
El Pastor y maestro Osvaldo Rebolledo hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Osvaldo Rebolledo es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.**

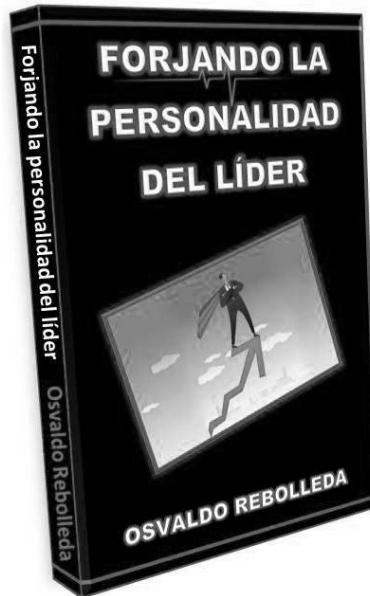
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

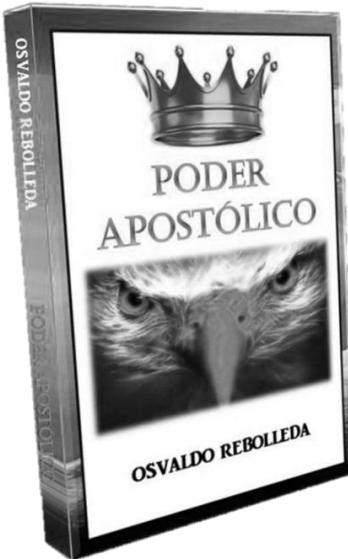
rebolledo@hotmail.com

www.osvaldorebolledo.com

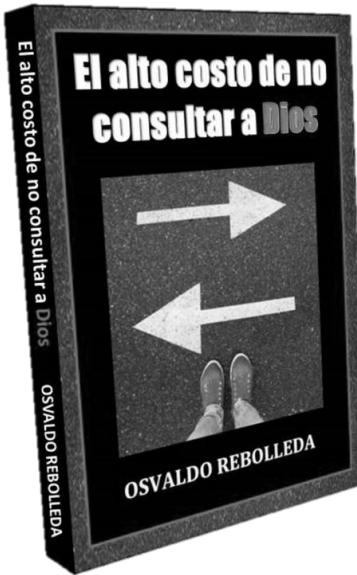


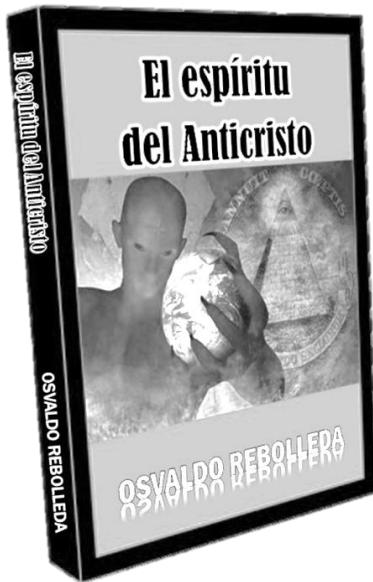
www.osvaldorebolleda.com



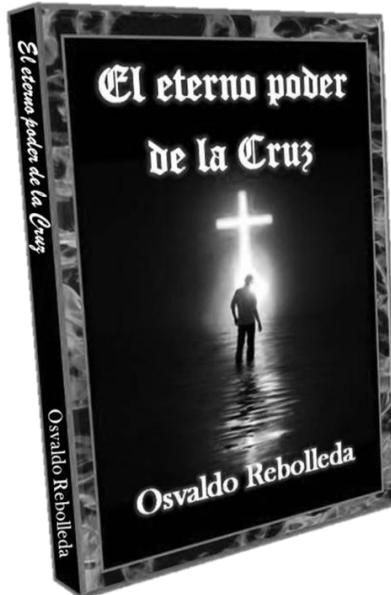
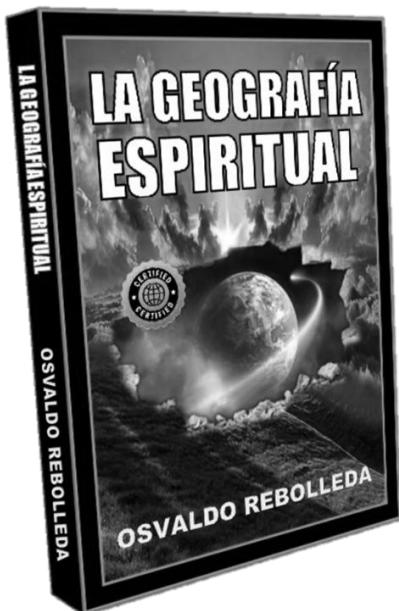


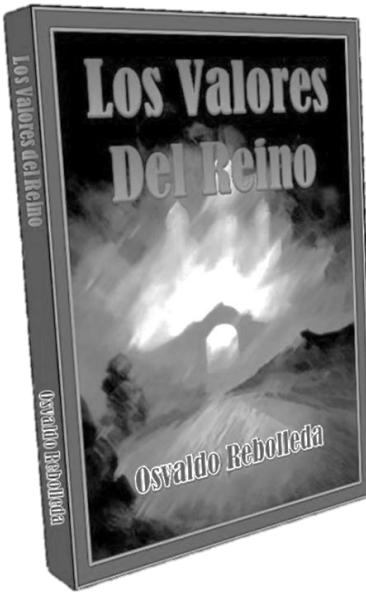
www.osvaldorebolleda.com



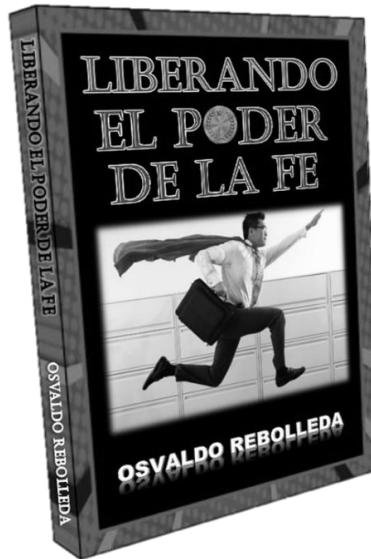


www.osvaldorebolleda.com

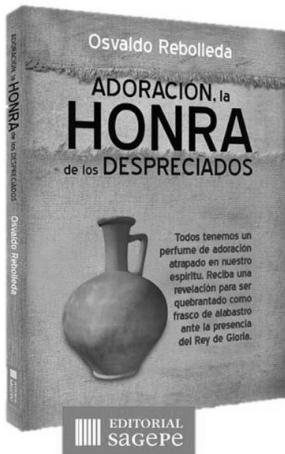




www.osvaldorebolleda.com



Otros libros de *Osvaldo Rebolledo*

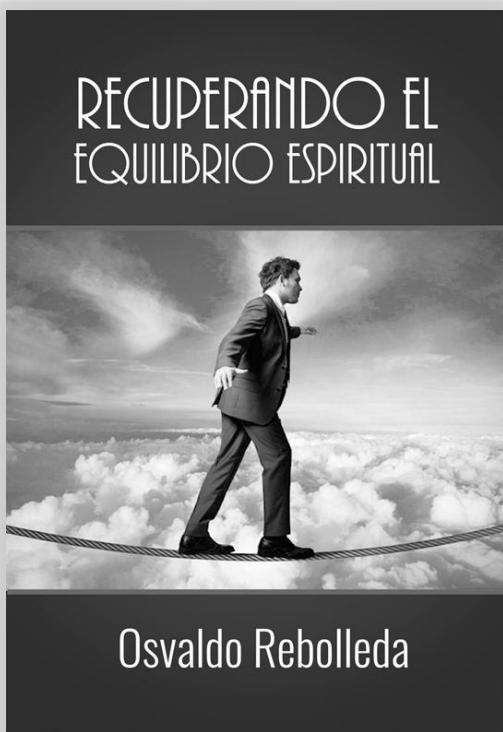


“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a entrar en las dimensiones del Espíritu”



Un material que todo ministro
debería tener en su biblioteca...



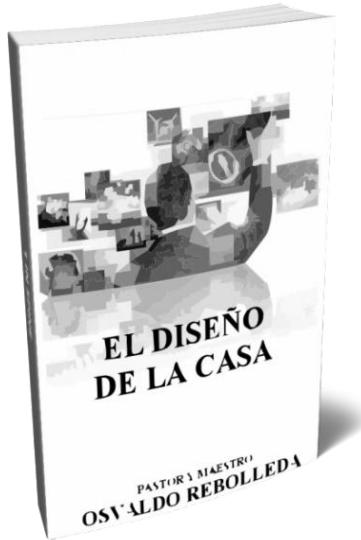
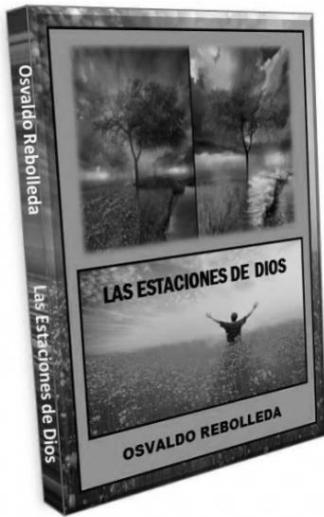
*«Todo cambio debe ser producido por Dios
a través de los hombres y no por los hombres
en el nombre de Dios...»*

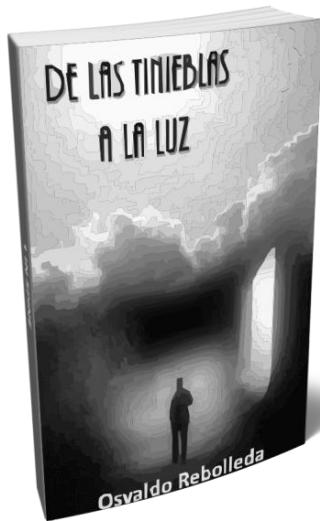
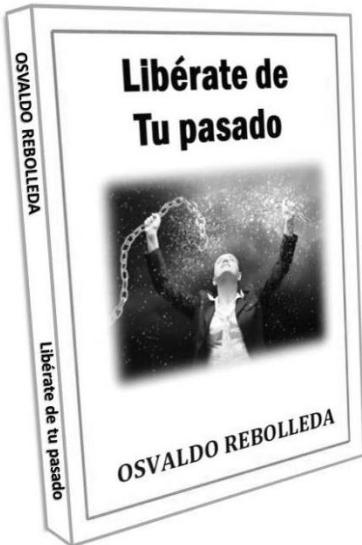
www.osvaldorebolleda.com



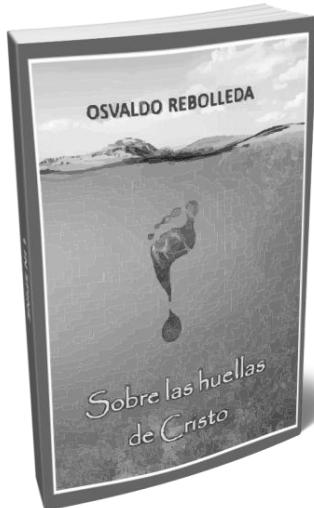
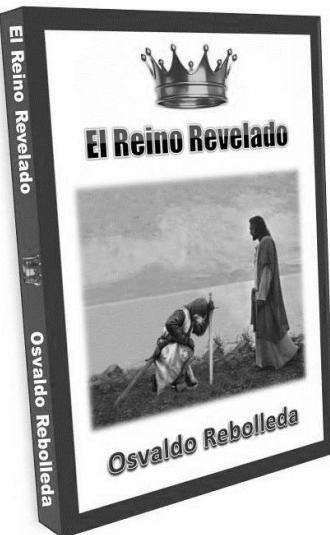
Libros de temas variados y útiles para el desarrollo de su vida espiritual, todos pueden ser bajados gratuitamente en la página Web del pastor y maestro Osvaldo Rebolleda

www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

